

tiva latinoamericanista y desde una concepción de la crítica literaria, como crítica de la literatura en la cultura.

Las inquisiciones de Jorge Edwards, Bernard Schultz Cruz, Madrid, Editorial Pliegos, 1994.

Este ensayo analiza las novelas publicadas por el escritor chileno entre 1973 y 1987, demostrando cómo responden al contexto histórico de su país, con el que abierta o veladamente se enfrentan. Asimismo examina el modo en que el novelista representa la situación vivida bajo la dictadura de Pinochet.

Schultz Cruz, especialista en estudios latinoamericanos, que es profesor en Okanagan University College, en Canadá, intenta a través de este estudio comprender no sólo lo que fue la dictadura chilena, sino también el pasado que la hizo posible, a partir de la obra de Jorge Edwards, uno de los más destacados representantes de la generación del 50, catalogada como individualista, hermética y reaccionaria, según Enrique Lafourcade.

La reflexión acerca del diálogo entre novela y sociedad, en general, y el papel de Edwards como intelectual frente a los conflictos de su época, en particular, sugieren que las causas de la dictadura están ancladas en un pasado lejano aún no resuelto. Novelas como *Los convidados de piedra*, *El museo de cera*, *La mujer imaginaria* y *El anfitrión*, plantean la necesidad de explorar las relaciones entre la realidad y la ficción. Es en ese contexto donde el autor ve en la obra de Edwards la posibilidad de aproximarse a la realidad de la ficción a través de temas como: la historia de Chile y el golpe militar de 1973 (en *Los convidados de piedra*), la quiebra de los valores de la burguesía (en *El museo de cera*), la situación de la mujer (en *La mujer imaginaria*) y el exilio (en *El anfitrión*).

Literatura veracruzana actual, Pedro M. Domene (Editor), Málaga, Ediciones de la Revista *Batarro*, 1992.

La extensión de México, de casi dos millones de kilómetros cuadrados y 85 millones de habitantes, obliga al editor de este trabajo reducir su estudio de la literatura

de ese país a Veracruz. Enclave importante en la colonización de aquellas tierras, la ciudad fue dominada por los indios chalchicoecas. Puerto por donde pasaban las mercancías europeas, su crecimiento dio lugar al desarrollo de una incipiente burguesía. Veracruz llegó a ser un estado floreciente y el centro comercial de una rica región agrícola, además de ser un centro liberal y masónico que apoyó firmemente la constitución de Cádiz.

La presente selección que se presenta en orden cronológico, para ofrecer una visión coherente de la literatura veracruzana, destaca la singularidad de esta literatura dentro del contexto nacional a través de una muestra de poesía y prosa que incluye voces poéticas conocidas como la de Silvia Tomasa o José Luis Rivas y cuentistas, como Raúl Hernández Viveros. Del mismo modo, se ofrece una aproximación a la realidad veracruzana, en una amplia entrevista que realiza Celina Márquez al prestigioso novelista Sergio Pitol, del que se incluye un texto inédito, *La lucha con el ángel*, que forma parte de un libro suyo de ensayos, de ficción y de recuerdos.

Consuelo Triviño

Borges, esplendor y derrota, María Esther Vázquez, Tusquets, 1996.

Nada más terminar de leer esta biografía, escrita en un tono respetuoso y poco exhibicionista, me pregunto por la dificultad que conlleva toda biografía. También toda autobiografía, porque la primera persona del singular no es menos enigmática por estar más cerca. Sobre Borges se ha escrito mucho: abundan los ensayos, las tesis, las notas y otras formas de la crítica, sin olvidar las que carecen de forma y de contenido. Como persona, Borges ha despertado admiraciones sin límites y odios no menos ilimitados, unos y otros argumentados en ocasiones y viscerales en otras. El autor de *Ficciones* tiene algo que ver con los dos extremos, pero probablemente no fue ninguno de ellos.

Toda biografía es una suerte de antología a la que no son ajenos los inéditos. María Esther Vázquez hace un recorrido equilibrado y tibio, nos vuelve a contar anécdotas y hechos que ya conocíamos, suma algún hecho inédito y a veces rectifica otros. No es una biografía de investigación sino la de un testigo que contextualiza su conocimiento del autor dentro de lo que ya se sabe sobre ese autor. Hay que añadir que muchas de sus observaciones son valiosas y que se da una imagen de Borges bastante verosímil. No es ni por asomo la biografía por antonomasia ni lo ha pretendido. Quizás habría que criticarle que en ningún momento lo haya intentado, lo que otorga a su obra un tono menor. A pesar de que trató a Borges durante casi treinta años, la biógrafa es discreta y nunca aparece en primer plano, salvo para asegurar que fue buena administradora y que se llevaba bien con la madre del poeta, cosa que estuvo muy lejos de asegurar Estela Canto, más belicosa. Como siempre que oímos a alguien que ha tratado durante tanto tiempo a un personaje, nos preguntamos ¿y no sabe más? Cualquiera que haya querido escribir sobre alguien cercano no ignora, sin embargo, la dificultad.

Vázquez hace un repaso de todas o de casi todas las mujeres de las que Borges estuvo enamorado. Fue un enamoradizo sin amor, un apasionado sin pasión. Siempre tuvo a alguna mujer cerca y esa cercanía nunca lo fue mucho. El mismo confesó que se había enamorado demasiadas veces de la imagen que se hacía de las mujeres. «Uno no se enamora de alguien sino de cómo uno piensa que es ese alguien», afirmó. Es una frase demasiado tajante y circular, algo así como admitir que uno no puede conocer a nadie o que el amor es pura proyección de nuestro deseo, etc. ¿Es necesario señalar que ese «uno» no debe entenderse de manera general? En otro momento, la biógrafa observa que Borges nunca supo comprender el «alma» de quienes le rodeaban. Y cuando se refiere a su larga amistad con Bioy —fue su gran amistad— afirma que fue una amistad «inglesa», como ellos la llamaban: lo pasaban muy bien juntos, colaboraban, hablaban de literatura durante días, pero nunca cedieron a las confidencias. Bioy, como confiesa en sus memorias, ignoró que Borges visitara a un psicoanalista (dato que en el libro de Vázquez no aparece). Uno estaría tentado a pensar que fue una

amistad a medias, pero sin duda Borges sintió y pensó que fue una verdadera amistad. No obstante, con un poco de malicia debemos recordar que fue el mismo Borges quien escribió que «vida y muerte faltaron a mi vida».

Un Borges poco frecuente aparece en estas páginas: el joven bebedor y *flaneur* de arrabales, «compadrito» que llegó incluso a aprender a bailar el tango. Este es un Borges castizo e ilustrado, del que se apartaría para ser el Borges universal que todos conocemos. También algo más: el hombre que tal vez buscaba la cercanía de la muerte en los puñales y los rostros de los *malevos*. No es casualidad que unos años más tarde, como describe Vázquez, tratara de suicidarse: compró un revólver y una novela policiaca que ya había leído —para que no lo distrajera una nueva trama, apunta, tal vez con un poco de ingenuidad la biógrafa, haciéndose eco del relato del propio Borges—. Se marchó a un hotelito de Adrogué, pidió un cuarto y se echó vestido sobre la cama. Leyó un poco, gatilló el revólver pero no tuvo el coraje de hacerlo. Bebió y se durmió mientras una tormenta descargaba sobre la noche veraniega. «Al despertar avanzada la mañana, le dolía la cabeza y tenía en la boca un gusto amargo provocado por la ginebra y por la derrota». Esther Vázquez supone que en sus últimos días trató de suicidarse, pero el procedimiento —en una bañera caliente— nos parece poco verosímil. María Esther Vázquez, de manera oblicua pero impactante, nos muestra los últimos años del escritor como un Borges secuestrado por María Kodama, quien ocultó a los amigos y familia las graves enfermedades que Borges padecía. También le hizo cambiar el testamento unos días antes de morir quedando ella como la única beneficiaria. Duda, como Bioy Casares, que Borges quisiera morir en Ginebra; de hecho le dijo al propio Bioy que era Kodama quien se lo llevaba pero que a él ya le daba igual, «cualquier sitio es bueno para morir». Aunque Borges era muy porteño, no es ajeno a su pensamiento morir en una ciudad como Ginebra o cualquier otra. Finalmente, lo cierto es que los derechos de esa gran obra quedaron en manos de alguien que escribe artículos escolares sobre el autor del «Aleph». Las páginas finales son un discreto pero firme ajuste de cuentas con la Kodama. Y sus razones tendrá.

Hay que hacerse una pregunta: ¿qué es lo que espera un lector de Borges al leer una biografía escrita por una amiga o amante? Si no se trata de una gran escritora, y Borges no tuvo por novia a ninguna, no deberían caer en la tentación de hacer una biografía de Borges sino de contarnos su testimonio. Deben olvidar —si algunas quedan con ánimo— decirnos qué obra escribió Borges y narrarnos el accidente iniciático de la escalera. Que no nos hablen de laberintos ni de la cábala: quien esto escribe y no creo ser el único, quisiera leer testimonios, conversaciones, anécdotas. Y no es poca cosa. Hay que aceptar que para escribir una gran biografía —y más si se trata de Borges— hay que tener mucho talento. También hay que tenerlo para ser un buen testigo de algunos episodios de importancia.

J.M.

Los libros en Europa

Nostalgias Europeas. Una vida de Stefan Zweig. Jean-Jacques Lafaye. Traducción de Herminia Lauer. Juventud, Barcelona, 1995, 200 páginas.

La extraordinaria generación vienesa de fin de siglo —«cien años nos contemplan»— recibe un nuevo apunte con este trabajo a caballo entre la novela y la investigación del francés Lafaye, donde el lector de Zweig des-

cubre detalles que éste pasa por alto en su autobiografía, en concreto el aspecto difícil de su personalidad, lo que tuvo de renuncia y de sueño —«locura egocéntrica» afirmará Lafaye— una obra orientada a plasmar individualidades históricas a partir de las vivencias propias. El desequilibrio interior que generará esa empresa en sus relaciones familiares y sociales es seguido por Lafaye con detenimiento y con inspiración de novelista: «Ella se respeta más que él, y hay más grandeza y amor en sus silencios que en todos los libros de él», sentencia el francés, a propósito de la primera esposa de Zweig, Friderike, refiriéndose a la inquietud que aleja a Zweig de su hogar y que, finalmente, coincidiendo con la marea nacional-socialista, le lleva a apartarse de ella, de Salzburgo y de Austria, buscando nuevos horizontes.

Sin embargo, lo que atrae del novelista se vuelve en contra del investigador: ésta es la dificultad principal que encuentra uno en este tipo de composición, dificultad que acordona asimismo los trabajos de Zweig, cuyo modelo sigue Lafaye: la unión o yuxtaposición de la esfera de los hechos y la esfera de los valores, de la razón objetiva —la descripción del mundo que hacen las ciencias— y la verdad subjetiva —la ética—, característica formal de la exposición de sentimientos efectuada desde fuera, la falta de distancia del narrador, que por un lado acerca al lector activamente a lo que lee, impide por otro la consideración: la corriente de los hechos no da lugar a un examen de alternativas, a un marco —que no puede incluir el género— de posiciones distintas que encuentren en la crítica —que es discernimiento— una «valoración» efectiva, «educadora» sobre los hechos. Esta traición y grandeza de los géneros subjetivos puede llegar a arte, como en la tragedia griega, la novela de Stendhal, los cuentos de Tolstoi, cuando la colisión entre yo y destino es reflejada por el artista: ¿pero qué ocurre cuando características de un espacio —la novela— se aplican en otro —la biografía— y la personalidad del artista ocupa áreas que, en rigor, no le corresponden? ¿Cuando sus sentimientos o inclinaciones ocupan un lugar que pertenece a otro y desplazan equívocamente el sentido personal de la actitud ética? La realidad se convierte en una proyección del yo, un tejido sensorial, sentimental o intelectual hiperdilatado. Este es el peligro del impresionismo y su inversión, el